

España y América

Nos referíamos, en un artículo anterior (*España*, 21 de febrero de 1920) (*) a las posibles intenciones imperialistas de los Estados Unidos sobre Méjico, tratando de explicar cómo la causa de Méjico ha venido a coincidir con la causa de las reivindicaciones sociales en los Estados Unidos. De paso, censurábamos la facilidad o indiferencia con que la Prensa española suele acoger las noticias alarmantes sobre las relaciones yanqui-mexicanas. Conviene insistir en este punto.

Tanto se ha hablado de la misión de España en América o del olvido de esta misión, los servidores de la causa hispanoamericana la han servido tan mal, tanta sentimentalidad inútil se ha gastado en esto, dando lugar a tantas burlas, que al abordar tema semejante es fuerza ofrecer algunas explicaciones previas al lector—sin duda prevenido en contra.

Olvidemos, si es posible, los abominables antecedentes del «tema hispanoamericano»; olvidemos los tópicos de la madre y las hijas, el león y los cachorros, la divina lengua de Cervantes, los fueros de la raza y demás impertinencias de estilo. Pero olvidemos también la costumbre de considerar toda cuestión americana como fundamentalmente ridícula, sólo porque hasta hoy se la haya tratado generalmente con impropia ridiculez. Es muy fácil continuar la burla; pero lo importante sería crear, otra vez, el sentido de la seriedad. Debiera ponerse un término a la sorna. Contra el hispanoamericanismo de mala ley—mal endémico, mal incurable—los escritores jóvenes, mejor que perder el tiempo en repetir chistes que han pasado ya millares de veces por todos los cafés de Madrid, debieran formar la conspiración del silencio. En todas partes las cosas respetables tienen, a veces, manifestaciones no respetables. Lo cual nada quita a su respetabilidad. Hay que prescindir de lo inútil, sin despilfarrar el oro del tiempo y de la palabra en demostrar, una vez más, que es inútil. De otro modo, nunca se podrá, en España, hablar de América con la buena fe que conviene.

Es ya un venerable lugar común que España viene, de tiempo atrás, desperdiciando oportunidades. Y diré francamente que los americanos lo lamentamos, tanto como por España, por América. Tras un siglo de soberbia y mutua ignorancia—un siglo de independencia política en que se ha ido cumpliendo, laboriosamente, la in-

dependencia del espíritu, sin la cual no hay amistad posible—los españoles pueden ya mirar sin resquemor las cosas de América, y los americanos, considerar con serenidad las cosas de España.

Pero si América ha aprendido ya a confiar en España, España ha salido tan escéptica del 98, que no hay manera de que confíe en sí misma. Por eso ha dado en tomar ligeramente los asuntos que más debieran afectarle, bajo una apariencia de risa que encubre el dolor del arrepentimiento. Por eso también basta, casi, para desacreditarse en España, el confesar que se tiene alguna fe en las posibilidades de España. ¡Ay, si España se decidiera a confiar un poco en sí misma, a esperar más de los actos que de los epigramas! Entonces la vida española se haría más penetrable a las preocupaciones superiores. La redentora «revisión» que data del 98, aunque combatía un mal de ensimismamiento, ha traído al fin otro mal del mismo linaje. Tanta introspección acusadora ha acabado por crear una atmósfera sofocante, de cuarto cerrado. No vendría mal abrir las ventanas. No vendría mal sustituir a la curiosidad por esta intriguilla o aquella maniobra interior—frutos tal vez, en mucha parte, del ocio político—la racha vivificadora de un imperioso recuerdo que representa, como decía Ortega y Gasset, el mayor deber y el mayor honor de España. No vendría mal pensar en América.

Las fuerzas brutales de la historia se van acumulando ya en masas visibles. No se ha liquidado aún el error del siglo XIX, el error de una civiliza-

ción fundada en el hacinamiento de bienes materiales. La guerra ha movilizó los ejércitos del descontento. Al mismo tiempo, el instinto conservador se arma en todas partes, y acaso prepara, de vez en vez, un golpe de mano. El caso de Méjico y los Estados Unidos es uno entre muchos, creo precisamente pudiera servir para devolver a España el sentido de sus orientaciones. El día en que España se interese por la suerte de las repúblicas americanas—cuando ya interesarse por ellas no significa ninguna ambición imperialista—, España vendrá a ser el centro de un poder moral sólo comparable a lo que fué el del Papado. Esto, al paso que moralice a España, devolviéndole su puesto en la consideración política del mundo, será un bien para todas las repúblicas americanas, que, a través de España, pueden entenderse y reconocerse fraternales. Si el orbe hispano de ambos mundos no llega a pesar sobre la tierra en proporción con las dimensiones territoriales que cubre, si el hablar en lengua española no ha de representar nunca una ventaja en las letras como en el comercio, nuestro ejemplo será el ejemplo más vergonzoso de ineptitud que pueda ofrecer la raza humana.

—¿Qué hacer?—me contesta el escepticismo ambiente. —¿Cómo empezar?— España es débil: esperemos a que sea fuerte.

¡Ay! Las naciones no se fortalecen mientras no aceptan el compromiso de la fuerza. Salga España a reclamar su puesto y, si ha de salvarse, se salvará. Y, de paso, contribuirá en mucho a la salvación de Hispanoamérica. Por ahora, a los escritores y a la Prensa de España, yo sólo les pediría una actitud invariablemente simpática ante los peligros de las repúblicas hispanoamericanas. Cada vez que las agencias envíen la noticia de que Wáshington ha decidido la conquista de Méjico, de Santo Domingo, de Venezuela, publíquese en buena hora, pero publíquese entre protestas y alarmas. Que España aprenda a dolerse de los males hispanoamericanos repitiéndose a sí misma, hasta la saciedad, que se duele de ellos. Así se resucita la sensibilidad perdida. Así se educa al pueblo para su misión principal: hablándole, hablándole de ella incesantemente. Así, por la palabra, se organizará aquí el sentimiento nacional—algo maltrecho en esta confusión de disputas íntimas—y se creará allá, en América, una corriente de cohesión.

Y es posible que eso baste para salvar

VERBO DE AMOR

*¡Cómo amarte, Dios mío, más infinita-
[mente
sin límites terrenos que ponga el corazón;
sin reducirte a normas de nuestra débil mente
y sin pensarte número que aprecie la razón.*

*¡Amarte en las estrellas que aún no con-
[templamos,
amarte por los hombres futuros que vendrán,
y por nuestra alma propia, misterio que son-
[deamos,
sin saber hasta dónde sus fuerzas llegarán!*

*¡Y por la gota del agua, y por el niño
[tierno;
por la mujer que amamos y por el mismo
[amor!*

*¡Amarte misterioso, incomprensible, eterno,
sintiendo que eres Todo, mi goce y mi dolor!*

CARLOS LUIS SÁENZ

San José, 30-69-20.

(Envío del autor).

(*) Reproducido en el N^o 19 del REPERTORIO.